

Dos caminos

S3co

El viejo sabía que las carreras de caballos son mejor que cualquier juego de azar. Son como un volado horizontal de 15 segundos. Por eso decidió ir cuando lo invitaron. Quería embriagar sus sentidos con la incertidumbre de la suerte. Olvidarse por un rato del cártel, de los políticos y de todo el mundo.

Se puso una gorra y se dirigió a la calle principal del pueblo. De ahí siguió el flujo del gentío, hacia el oriente. La tarde empezada a desquebrajarse. El calor menguaba. Caminó unos 10 minutos y llegó al panteón. A un costado se encontraban la pista para carreras de parejeras. Un banda de música soltaba al viento las notas de un corrido. Cientos, tal vez miles de personas, aguardaban ansiosas al margen de los carriles. Cervezas, refrescos y botanas iban y venían. Compró una. Encontró cabida en la zona de arranque de las 350 varas. Observó tres carreras, más comunes que ordinarias. Eran de relleno. Caballos locales, tal vez. Por eso las apuestas no generaban mayor sorpresa entre los asistentes. Terminó la cerveza.

Compró otra lata. El vendedor le ofreció sal y limón, pero el viejo no aceptó los complementos. La luminosidad de la cerveza no debe empañarse con nada. Menos aún con sal y limón, pensaba. La bebió de cuatro sorbos. La baja temperatura del líquido y el gas de la bebida le hicieron lagrimear.

Luego se anunció la competencia estelar. La que todos esperaban. Los dueños se jugarían el dinero suficiente para adquirir un automóvil nuevo. Compró otra cerveza y le dio un trago. La mano le temblaba. Quería apostar. Uno de los competidores llegó. Se trataba de El Sirocco, un Thoroughbred zaino, lucero y dosalbo. Imponente como un oso y nervioso como paloma. Sus cascos se encajaban a la tierra como navajas.

Su contrincante era La Cicuta, una Apenndix baya, careta y alfana. De caderas fuertes, sedosa crin y cola trenzada. Sus

pasos eran livianos, como si no quisieran tocar la tierra. Las apuestas llovieron para ambos bandos.

El viejo bebió otro sorbo. La banda de música comenzó una marcha. Contó mentalmente el dinero en su cartera. Era suficiente para llegarle a la apuesta entre los dueños de ambos corceles. Si quieres vivir tranquilamente en este pueblo, lo que menos debes hacer es apostar. Nada llama la atención como el dinero, se dijo. Pero el nervio le quemaba. Tomó otro trago, respiró hondo y enfiló hacia los cazadores de apuestas.

-Quiero jugarle a la yegua.

-Lástima. Las apuestas ya cerraron.

Si doblaba el monto se abrirían de nuevo. Pero de hacerlo, hasta los caballos se asombrarían de semejante hazaña. Dio un largo trago al bote y lo tiró. Le dio las gracias al hombre aquel y se fue en busca de un buen lugar para ver el cierre de la carrera.

Ambos rocines se colocaron en la salida. El bullicio se convirtió en murmullo y cuando el silencio casi fue total, se escuchó el disparo. Las monturas arrancaron iguales. Los cascos chasquearon al hundirse en la tierra. Los músculos se tensaron a cada impulso como si fueran a salirse de la nerviosa piel. Supo que ganaría la baya. El jockey del zaino fustigaba al animal a cada zancada. Su contrincante, en cambio, montado casi sobre el cuello, sólo le gritaba levemente a la yegua. El zaino ganó terreno en la primera mitad. Pero después de las 180 varas La Cicuta aceleró para llevarse la carrera por medio cuerpo.

El griterío se oyó por doquier. Quienes había ganado, festejaban. Los perdedores, rumiaron su suerte y prepararon su respectivo pago. De haber apostado... pensó. Mas corrigió al recordar que gracias a que había guardado sus impulsos, su presencia era casi imperceptible. Compró una cerveza más para el camino de regreso cuando una mano le tocó el hombro.

-Buenas tardes señor, ¿me recuerda?

Su pulso se desbocó. Algo no estaba bien. Se suponía que nadie debía ubicarlo. Contuvo su emoción y simuló una ebria mirada hacia el joven.

-¿Perdón?...

-Que si me recuerda, porque yo a usted no lo olvidaré nunca.

Se refugió en su disfraz de borracho para escudriñar en esos ojos negros. Esa cara estándar del mexicano común. La piel cobriza y el pelo enhiesto, pero recortado. No, definitivamente no sabía quién estaba frente a él. Aunque a leguas se notaba que no era peligroso.

-Discúlpeme... p... pero c... creo que confunde.

-No. Claro que no, señor. Jamás olvidaré la generosa propina que me dejó en el restaurante donde usted comió alguna vez. Yo fui su mesero. Ándele, le invito una cerveza.

Le enojó que el mundo se hiciera tan pequeño en ese momento. Y le enojó aún más que en otros se hiciera tan grande. Nunca recordaría en cuál de los cientos de restaurantes habría trabajado ese hombre. No terminaría de ubicar a qué propina se refería. No le diría que el monto no respondía a su nobleza, sino a la más firme intención de meter dinero sucio al ciclo económico.

-No sé de qué me habla, pero le acepto la cerveza.

-Claro que sé. Incluso hasta en lo vi en la tele, en un reportaje sobre narcos. Pero no se preocupe, yo no diré nada.

El viejo sonrió. Abrió su bote y le dio un trago largo. La tarde cayó por completo y las estrellas agujeraron el cielo.

Noel sintió que el aliento del miedo le rozaba el cuerpo. Sus tímpanos aún no se reponían de los ensordecedores coros de los Cuernos del Chivo que unos segundos antes habían dado muerte a Pedro Carlos. El pavor obliga al cerebro a triplicar los pensamientos. Se imaginó un secuestro, una vieja rencilla, una equivocación. Pensó en su familia, en sus amigos, en su amante, en su vida, en su niñez, en su ascenso. Todo al mismo tiempo. Una y otra vez. Una capucha le cubría el rostro. Tenía esposados los pies y los brazos también, pero hacia atrás. Ninguno de sus captores hablaba. Sólo escuchaba el bramido del motor. Era una Chevrolet. Lo sabía porque la GM tiene una armonía mecánica sinigual, única e inconfundible. Además, él manejaba una diariamente. Desconocía cuántos iban a bordo. Pero llevaba uno a cada lado. El silencio empezó a asfixiarlo.

Después de media hora de trayecto la camioneta se detuvo. Abajo, dijo Miranda. Con la capucha, caminó como niño en andadera. En instantes, empujado por el cañón de un rifle. Tenía ganas de rezar, pero no recordó ninguna oración. Además, el miedo le impidió abrir la mandíbula, trabada como pinza de presión. Escuchó que puerta se abrió.

-Quítenle el trapo. -Ordenó Miranda.

Entró a una habitación pequeña. Lo supo por el eco de los pasos. En un afán de sobrevivencia no abrió los ojos. La esperanza es la consejera más inocente. La puerta se cerró y todo quedó en silencio. Pasaron varios minutos. Poco a poco disminuyó la presión de sus párpados, pero sin abrirlos. Supo que en ese lugar había un foco encendido. La luz trasminaba por su piel para llegar a sus pupilas. En ese momento deseó ser invidente.

No supo cuántos minutos estuvo de pie, a ratos más rígido y en otros tembloroso. Cuando tomó conciencia de ello, intentó flexionar levemente la rodilla, pero el dolor no lo dejó. Estaba

entumida. También la otra. Todo el cuerpo. Sintió un leve mareo, el cual se fue haciendo más grande. Estaba intoxicado de miedo y se desmayó.

Un balazo en la pantorrilla derecha lo despertó. Comenzó a sangrar y a gemir.

-Arriba cabrón. -Le ordenó Miranda.

No obedeció. No podía obedecer. El tiro había sido en la pantorrilla, pero le dolía toda la pierna. Pese a eso, tuvo el presentimiento de que viviría. De que vería el siguiente amanecer. No sabía cómo, pero lo intuyó.

-Cuélguenlo. Este cabrón les va a llevar un mensaje -Volvió a mandar Miranda.

Pasaron una cuerda por sus manos esposadas y sintió que tiraban de ella. Sus brazos fueron subiendo hasta llegar al límite. Jalaron más fuerza. Abrió los ojos y al hacerlo, también llegó el dolor. Debido al peso de cuerpo, las clavículas fueron cediendo, hasta que tronaron como débiles ramas incapaces de aguantar tanta presión ejercida. Gritó como nunca en su vida lo había hecho. Noel sintió como si le hubieran cortado ambos brazos con un serrucho. Una vez que quedó pendido de la cuerda le quitaron los zapatos y los pantalones. Apenas y podía alzar la cabeza.

Debajo pusieron una cubeta de agua. Dentro tenía un calentador eléctrico, previamente conectado. La soga que lo mantenía en el aire cedió un poco para que sus pies tocaran el líquido. El choque con la electricidad lo cimbró. Se retorció como listón al viento. De tanto en tanto, lo sacaban. Esperaban un momento y lo volvían a meter. El agua se fue calentando más y más. Hasta que ya no supo distinguir el líquido hirviente de la electricidad. El ardor de los pies le llegaba hasta las manos y la fractura de sus hombros la sentía escurrir a los tobillos. El dolor le circulaba en cada vena, en cada cabello y la certeza de que no viviría comenzó a invadirlo.

La tortura se detuvo por un instante. La cuerda lo jaló más hacia arriba. Alguien le tomó los pies. Su dedo sintió un frío metálico, que en un santiamén se volvió calor lacerante. Su

gemido le trajo más dolor. Abrió los ojos y miró su uña entre las fauces de unas pinzas. La acción del agua caliente facilitó la extracción de las otras nueve. No puso y se orinó de miedo. Con cada una, sus gemidos enronquecieron, abatidos por el sufrimiento y la electricidad.

-Posiblemente me quiebren pronto. Pero antes les voy a dar donde más les duele. Antes de que me vaya al infierno me llevaré a todos los que pueda. Bájenlo -Murmuró Miranda.

Cayó sobre un charco de sangre, uñas y orines. Sus brazos dislocados eran más un estorbo, que una ayuda. Sus pies eran un par de enrojecidos trapeadores. Alguien lo tomó por el cuello y lo arrastró para luego sentarlo en una silla. Lo amarraron. Miranda le tomó por los cabellos y dijo:

-Mírame bien. Mírame porque será lo último que veas en tu pinche vida. Mírame para que me esperes cuando yo llegue al infierno. Y si quieres, allá también te volveré a matar. A ti y a todos esos perros.

Le pasaron un delgado alambre acerado por el cuello. Cruzaron los extremos sobre su nuca. Con las pinzas comenzaron a girar las puntas. Después lo hicieron con una varrilla de metal. La presión del cable se hizo mayor. Cada vuelta cerraba más el espacio entre el alambre y su cuello. Hasta que empezó a asfixiarlo. Quiso jalar aire pero ya no pudo. El alambre se metió en su carne, cortando músculos, venas y vértebras cervicales. 45 giros después Noel se llevaba a Miranda tatuado en sus pupilas. A los 90 se le desprendió la cabeza, dejando medio cuello cercenado. La sangre le escurría por los hombros. Brazos y piernas dibujaban torpes movimientos involuntarios. Hasta que ya no se movió.

-Sáquenle los ojos y en su lugar le ponen los güevos. El cuerpo lo meten en un tambo con cemento y lo tiran al mar. La cabeza la dejan en la plaza con un recado para la Muñeca.

Miranda salió de la habitación. La declaración estaba hecha. El final estaba cerca. Respiró un poco y tomó su teléfono celular. Marcó a Dakota. Nadie le contestó.

Informe II

Operación: hemos intentado moderar nuestras apariciones en público, no obstante, parece que la gente necesita de unas cuantas balaceras al mes para que no se olviden de nosotros. Por ello, realizamos algunos enfrentamientos en las ciudades que parece que se empiezan a calmar.

Deporte: con la adquisición de dos equipos de futbol en primera división, ingresamos al mercado de las piernas, el cual, debo reconocer, es un gran negocio. Aunque por el momento nuestras escuadras están en último lugar de la tabla, al final de la temporada podremos negociar nuestro descenso. Según los asesores en la materia, ofreceremos pagar los viajes de la selección nacional para juegos amistosos. Asimismo, se buscará cooptar a los miembros de la federación. Si no aceptan, los apretaremos desde la parte oficial aplicamos la ley fuga.

Seguridad: hemos ido desechando las armas ostentosas y llamativas. Hemos ido desplazando el AK-47 y el M-16 por piezas más eficaces y más pequeñas. Luego de varias encuestas entre nuestros pistoleros, la Five Seven se ajustó más a nuestras necesidades. De manufactura belga, esta arma está construida de polímero, lo cual hace que sin tiros sea invisible para cualquier detector de metales. Asimismo, no hay chaleco antibalas o blindaje de autos que soporte uno de sus proyectiles, si se dispara a menos de 50 metros. Su moderno mecanismo permite que su retroceso sea mínimo, lo cual asegura una precisión quirúrgica.

Detenciones: parte del acuerdo con el gobierno, incluye detenciones frecuentes para que las autoridades presenten resultados a la gente. De ese modo, optamos por entregar a

miembros indisciplinados y morosos. Así cumplimos con el pacto y a la vez, castigamos a elementos irregulares. Cabe mencionar que esta medida ha disminuido la desobediencia entre nuestras filas.

Vehículos: como la camioneta sigue siendo emblemática, seguiremos usándola. En breve, ya no hará falta traer armas. Bastará con llegar en camioneta a cualquier parte para que te den paso, ante el temor de que se trate de uno de nosotros.

Detuvo la lectura del documento. Se quedó pensativo un rato. Aún no lograba imaginar cómo serían los cárteles en 20 años. ¿Finalmente acabarían siendo una opción política mediante un narcogolpe de estado? ¿Lograrían terminar con lo poco que quedaba de la autoridad, para sentar sus reales y someter a la sociedad? ¿O lograrían convertirse en los emporios a cargo de uno de los negocios más redituables de los últimos años? ¿El capitalismo entraría en una más de sus fases, el narcocapital?

-“Te vas...”

-¡Pinche perico! Ya va a empezar otra vez.

"Auto-retrato con escuadra

Siendo la vida una vela impertinente,
izada en la impermanencia del eje vertical
- y -
siendo la muerte una vela intermitente,
arrojando su luz negativa sobre la permanencia incontinente del
eje horizontal:
tomaré mi escuadra y tocaré el arpa en silencio,
como quien finge decir algo urgente detrás de un cristal
blindado,
bien sabiendo de antemano
que no hay sordomudos en el área.

."

La Muñeca cerró el libro y se quedó pensando en lo que acababa de leer. Le intrigó darse cuenta que nunca entendería esas palabras. Se preguntó si alguien lo haría.

Volvió a abrirlo en las primeras páginas para repasar otra vez esa rara dedicatoria. "(0n L05 473n705 54Lud05 d3 5u 4m190 3du4rd0 P4d1LL4". Era uno de los tantos ejemplares que le llegaban en agradecimiento por el dinero aportado para su publicación. Era una de las actividades filantrópicas del cártel. Aunque acabaran en la basura, la mayoría de las editoriales le enviaban una muestra de las publicaciones para comprobar el uso de los recursos aportados.

Sonó su teléfono. Dejó el libro y contestó ante la mirada curiosa del Pavo, que aceitaba con fervor un Winchester bañado en oro. La Muñeca recibió los pormenores del hallazgo. La cabeza de Noel había sido dejada en La Garita, una zona muy concurrida de la

ciudad. Tenía un mensaje para él. "El próximo eres tú, Muñeca, después, todos tus pendejos pistoleros". El Pavo vio cómo su compañero de mesa disfrutó aquella noticia. Carraspeó un poco. Los músculos de la mandíbula se apretaron y después sonrió. El Pavo sabía muy bien que en la vida no hay nada más importante que la vida. Mas para la Muñeca lo más importante era transmitir dolor y miedo. La vida sólo era un complemento para conseguirlo.

-Pinche Miranda. Te voy a despellejar con mis uñas. Masculló la Muñeca.

Sacó el teléfono y marcó. Aguardó dos segundos y habló:

-Prepara a los muchachos, nos vemos en 7 minutos. Ah, y denle piso al regalito que tenemos guardado.

Sabía que Miranda vendría al puerto más temprano que tarde. Pero no había calculado en una llegada a tal nivel. Sólo a alguien como él era capaz de venir a azuzar el panal y luego meterse al avispero. Miranda venía por él, aunque en el intento asegurara un lugar en el próximo viaje al infierno. Buscaría limpiar el campo para el viejo. Sólo que eso no iba a ser sencillo con dos hombres como la Muñeca y el Pavo. Habrá clientes para el panteón, murmuró La Muñeca.

Volvió a tomar el libro y miró la dedicatoria. Pensó en todas las que había recibido. Cayó en cuenta que era un lector de dedicatorias. Más que de noticias o libros. Se quedó mirando la portada. Su teléfono volvió a sonar. Todo listo jefe. Muy bien. Vámonos a cazar Equis porque esa será nuestra cena.

Abandonaron el lujoso penthouse enclavado en uno de los barrios más exclusivos. A la salida, Chema esperaba con la camioneta lista. Tavira, quien parecía la sombra de la Muñeca, miraba hacia todos lados. Subieron al vehículo y enfilaron hacia la Costera. Ya arriba, el Pavo abrió la maleta que le entregaran horas antes en la comandancia. Sacó una pistola reluciente y se la entregó a la Muñeca.

-Toma, Valadez. Esto es para ti.

La Muñeca la pulsó. Era una Five Seven de platino y cachas de marfil con incrustaciones de piedras preciosas. Habí sido

fabricada especialmente para él. A diferencia de las comerciales, la suya sí pesaba. Era de metal y no de vil plástico, como solía decir continuamente.

-La otra es para el jefe. -Le indicó el Pavo.

-Agradezco el detalle, pero le soy fiel a mi Desert Eagle. Y disfrutaré cada tiro de .44 para volarle dedo por dedo a Miranda.